

Sobre *Episodios críticos de la modernidad latinoamericana*, de Valentín Díaz (comp.)

Sofía Somoza
Universidad de Buenos Aires
somozasofia@gmail.com

Reseña de *Episodios críticos de la modernidad latinoamericana*,
Buenos Aires: Eduntref, 2017.
130 pp.



En *Episodios críticos*, Valentín Díaz, Secretario Académico del Programa de Estudios Latinoamericanos Contemporáneos y Comparados (PELCC), compila la transcripción de las presentaciones e intervenciones de los investigadores del PELCC en el XXXIV Congreso Internacional de LASA (*Latin American Studies Association*) realizado en Nueva York en mayo de 2016.

Los artículos de los investigadores presentan líneas de trabajo a partir de dos objetos de estudio: el modernismo y el neobarroco, llamados aquí “episodios críticos”. Daniel Link, director del PELCC, comienza su participación explicando —en la introducción— que esta conceptualización refiere a “objetos con cierta persistencia en la tradición crítica latinoamericana, pero también fuera de ella. Objetos que, por sus características, desafían el alcance de los estudios literarios, poniéndolos muchas veces en crisis, es decir, obligándolos a reformularse” (12). En *Episodios críticos* hallamos las ponencias de los investigadores en torno a estos dos ejes: en primer lugar, con respecto al modernismo, se encuentran los artículos de Diego Bentivegna, Rodrigo Javier Caresani y Miguel Rosetti, y en segunda instancia son presentados los trabajos relacionados con el neobarroco, a cargo de Valentín Díaz, Daniel Link y Rubén Ríos Ávila. Tras las presentaciones de cada “episodio crítico” podemos leer las discusiones generadas a partir de ellos. La discusión que tiene como origen los debates referidos al modernismo está conducida por Alejandra Uslenghi, y aquella vinculada con el neobarroco está coordinada por Germán Garrido. Ambas presentan intervenciones críticas y promueven el diálogo entre los

objetos de estudio. Los abordajes originales sobre el modernismo y el neobarroco, realizados por los investigadores del PELCC desde una actitud crítica, solicitan una renovación del estudio de estas corrientes en el ámbito académico.

La discusión se lanza con el modernismo y Diego Bentivegna analiza la figura de Leopoldo Lugones pensando sus intervenciones literarias como proyecto modernizante. Lugones interpela al Estado a partir del lenguaje; este es para el autor un instrumento de la sociedad y de la civilización. Su poética propone que, precisamente, la ocupación política del escritor resida en trabajar sobre la lengua. Como gesto modernista, los escritores de este movimiento literario desarrollado entre 1880 y 1920 se proponen profundizar la búsqueda de una lengua americana e incorporarla al discurso crítico, teniendo en cuenta la innovación lingüística y la cuestión estilística. En *Lunario Sentimental*, poemario modernista y pre-vanguardista del escritor argentino, Lugones muestra una disposición a buscar nuevas formas literarias y juega con el extrañamiento del lenguaje, lo cual permite cuestionar el valor de los elementos tradicionales. Bentivegna afirma que en Lugones el idioma es entendido como un “bien social” que puede ser enriquecido, pues “la relación entre poeta y lenguaje remite [...] a la instancia social del idioma” (20).

Tras el aporte realizado por Bentivegna, que conecta la literatura modernista con el accionar político a partir del lenguaje, leemos la contribución de Rodrigo Caresani, cuyo acercamiento a la instancia política mediante el modernismo se vincula con la cuestión identitaria. Sus reflexiones permiten pensar en el modernismo como un movimiento que desplaza el concepto de identidad nacional hacia la idea de un mundo comunitario. Para comprender esta configuración de modernidad global a partir de la lectura de Rubén Darío, Caresani propone pensar en una comunidad semejante a la que Gilles Deleuze y Félix Guattari exponen bajo la noción de “rizoma”: se trata de un concepto filosófico que apoya un modelo de organización del conocimiento que no se rige por subordinaciones jerárquicas, sino por la idea de multiplicidad. A partir de los principios de conexión y de heterogeneidad, el “rizoma” caracteriza formas dispares de vida en comunidad, donde un punto puede incidir en cualquier otro, y donde es posible que los elementos de la organización estén conectados de diversas maneras. Podemos pensar que en su libro *Los raros* Rubén Darío realiza una operación equivalente: en esta obra compila semblanzas sobre escritores a quienes admira, promueve una lectura integral que no se rige por nacionalidades ni por géneros poéticos, desdibuja los límites entre pares binarios representativos de Occidente tales como causa-consecuencia y autoctonía-extranjería. Así, la indeterminada entrada a su obra sugiere cuestionar las dicotomías preestablecidas. Esta comunidad, observa Caresani:

Nos coloca ante la pregunta por una identidad que ya no responde al imperativo nacional sino al de una *polis* americana difusa, virtual, por venir; [...] se desprende de allí una concepción del lenguaje literario como cita de citas o ‘navegación de biblioteca’ que trabaja en las posibilidades de transculturación o traducción (35).

La perspectiva dariana propone, entonces, una instancia experimental, un redescubrimiento de América (y de España) cuya entrada modernista promueve una mirada heterogénea, no dicotómica.

Mediante una perspectiva amplificadora —otra vez el gesto modernista que escapa de la centralización—, la intervención de Miguel Rosetti acerca de este “episodio” plantea la cuestión de qué es lo que sucede con América al investigar desde las literaturas comparadas. El ensayo sugiere que si, por un lado, las literaturas comparadas son un invento hegemónico europeo con estrategias etnocéntricas, y si, por el otro, la respuesta norteamericana propone el movimiento opuesto, una perspectiva centrífuga y expansionista, resulta preciso invertir la pregunta “¿cómo se lee Latinoamérica en las literaturas comparadas?” y pensar qué ofrece el perspectivismo latinoamericano al campo de los estudios comparados. Nuevamente aparece la imagen de Darío, “ya no como objeto de la literatura latinoamericana sino como sujeto de una *performance*, como ‘portador’ de aquello que llamamos América Latina” (49). Rosetti señala que Darío recurre a un juego de identidades, a un *carrousel* de imágenes. En este juego el portador debe pensar a qué máscara se entrega en cada caso. Sin embargo, esta capacidad de modular su imagen no logra arremeter contra la identidad americana, que es la que empuja al resto. Al campo de los saberes y prácticas de los estudios comparados Darío le ofrece un bosquejo, una ética novomundana, “una ética que nunca es presente, pero que hay que padecer” (59).

Por su parte, Valentín Díaz lanza un abordaje al segundo “episodio crítico”, el neobarroco, desde múltiples entradas: nos acerca su doble origen italiano-brasileño de los años cincuenta (italiano por su referencia arquitectónica y brasileño en tanto expresión artística contemporánea), expone su recolocación en los años setenta en una lógica revolucionaria, plantea el neobarroco como un modo de leer y de manipular ideas, como una salida latinoamericana del caos europeo, como una reinención de lo moderno. Díaz destaca que el neobarroco, conformado por una serie de recomienzos, establece un pensamiento cuya esencia no vive en las porciones del mundo que clasifica sino en la fuerza del concepto. El neobarroco se propone salvar lo moderno sin depurarlo, lo salva como experiencia al poner en el centro a la imagen, “señal de un origen imposible

y, al mismo tiempo, de la posibilidad de hacer una experiencia poética de ese origen” (82). Introduce una imagen de la ruina del paisaje europeo para pensar en la experiencia moderna en general. De este modo, a partir de su repertorio de conceptos e imágenes, el neobarroco aspira a renovar lo moderno, se propone revelar distintas posibilidades para hacer una relectura del mundo, y sugerir así un mundo diferente, mejor, tal vez.

Para acercarnos a una reflexión social sobre el neobarroco Daniel Link elige a Copi, destaca que este autor habría encontrado el espacio barroco en la escena gay y sugiere que su lógica suma “la articulación de heterogéneos, el *bricolaje* como compuesto, el cuerpo sin órganos y la ontología fractal en la que cada parte es un todo (encapsulado, plegado)” (86-7). Link subraya que el barroco de Copi es negantrópico y conceptista, brinda un máximo de pensamiento en un mínimo de forma, contra el barroco culterano, cuyas frases prodigan más las palabras que las ideas. En Copi, la imposibilidad de expresarse, característica del barroco, encuentra su expresión en el teatro. La representación escénica resulta la instancia ideal para reproducir tanto las alegorías, con sus significados simbólicos, como las asociaciones anormales de ideas. El autor hace uso del escenario para manifestar sus drásticas intervenciones, como sucede con el travestismo, el cual emplea a modo de dispositivo de extrañamiento para desafiar al pensamiento categorizado; lo principal para Copi no son los personajes sino las situaciones, y el teatro le brinda el espacio justo para materializar esa lógica barroca. Así como Díaz señala que el barroco renueva el mundo a partir de la imagen, Link muestra que Copi toma al barroco y lo pone en el escenario “para desbaratar el mundo y reconstruirlo sobre nuevas bases” (86).

En el último artículo de *Episodios críticos*, Rubén Ríos Ávila interviene también para relacionar el neobarroco con la sexualidad pero ahora desde Néstor Perlongher y Pedro Lemebel. La voz de estos autores funcionaría como la voz de “las locas”, como la locura en la carne o la esquizofrenia. Se trata de una locura comprometida que “desafía los reclamos de la razón instrumental, la razón que, en su alianza con la tecnología degrada al objeto reduciéndolo a un medio. Las prácticas barrocas de ambos le devuelven al objeto su ser en sí” (104). Ríos Ávila piensa en el neobarroco puesto a favor de un espacio comunitario, desde la atracción sexual, donde las voces buscan la desterritorialización de lo local y forman una resistencia al Estado y al neoliberalismo. El espacio performativo de las hablas callejeras interviene con su “retórica marica” y presenta un proyecto de la lucha homosexual contemporánea, del privilegio por la libertad del deseo sexual.

Las presentaciones de los investigadores del PELCC conforman una atractiva invitación a incorporar nuevas formas de pensar las intervenciones culturales y artísticas a partir del estudio de los roles del modernismo y del neobarroco en tanto reflexiones sobre la modernidad latinoamericana. Estos

conceptos, aquí “episodios críticos”, proponen nuevos giros con respecto a las salidas hegemónicas europeas y a las concepciones establecidas sobre lo latinoamericano, y hallan en la literatura una idea más abarcadora de la modernidad, desde una mirada heterogénea que abraza las bifurcaciones y sus múltiples senderos.